

REFORMA de estructuras y CONVERSIÓN de mentalidades

Retos y desafíos para una Iglesia Sinodal

Rafael Luciani y Carlos Schickendantz (coords.)



REFORMA DE ESTRUCTURAS Y CONVERSIÓN
DE MENTALIDADES
RETOS Y DESAFÍOS PARA UNA IGLESIA SINODAL

RAFAEL LUCIANI
CARLOS SCHICKENDANTZ
(coords.)

Reforma de estructuras y conversión de mentalidades

RETOS Y DESAFÍOS PARA UNA IGLESIA SINODAL



ISBN 978-84-15995-36-4

© 2020-Ediciones Khaf
Grupo Editorial Luis Vives

Xaudaró, 25
28034 Madrid - España

tel 913 344 883 - fax 913 344 893

www.edicioneskhaf.es

DIRECCIÓN EDITORIAL
Juan Pedro Castellano

EDICIÓN
Isabel Izquierdo

PROYECTO VISUAL Y DIRECCIÓN DE ARTE
Departamento de Diseño GE

DISEÑO DE COLECCIÓN
Mariano Sarmiento

PRODUCCIÓN Y MAQUETACIÓN
Departamento de Producción Editorial GE

IMPRESIÓN
Edelvives Talleres Gráficos. Certificado ISO 9001
Impreso en Zaragoza, España

DEPÓSITO LEGAL: Z 961-2020

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970 / 932720447).

UNA IGLESIA TODA ELLA MINISTERIAL

Pedro TRIGO SJ

‘Ministro’ significa «servidor», ya que viene del latín: ‘*ministrare*’, que significa «servir». Pero en el caso específico de la Iglesia dice también que al servidor se le ha confiado ese servicio. En definitiva, que Jesús resucitado se lo ha confiado. De entrada, nos planteamos dos preguntas: la primera es si de hecho toda la Iglesia es servidora. La segunda es si debe serlo o si en la Iglesia unos son servidores y otros servidos o, como dijo Pío X, unos (los laicos) no tienen más derecho que el de ser regidos por sus pastores: «la obligación de la multitud no es otra que dejarse gobernar y obedecer dócilmente las directrices de sus pastores»³⁵⁴.

Habría que decir que, si Jesús estatuyó que sus seguidores fueran servidores y de hecho no lo son, es que Jesús no tiene seguidores, es que la Iglesia no es lo que dice ser. Es decir, que no existe de hecho la Iglesia de Jesucristo. Ahora bien, si está en camino de serlo y pone como modelos a los que lo son y no pocos sirven de todo corazón desde su pobreza, entonces pode-

³⁵⁴ *Vehementer nos*, n.º 8. En J.L. GUTIÉRREZ, *Doctrina Pontificia*, II, BAC, Madrid 1958, p. 390.

mos decir que sí existe la Iglesia de Jesucristo, pero que no es del todo fiel a su Maestro, porque en ella y no solo en el mundo están mezclados el trigo y la cizaña y que, según Jesús, no hay que arrancar la cizaña porque hay esperanza de que llegue a convertirse en trigo porque él apuesta por los procesos y nos da tiempo para que nos convirtamos.

Al responder a estas preguntas espero que quede claro qué servicio debe esperarse de los cristianos o en qué consiste el servicio que está llamada a prestar la Iglesia y cómo debe desempeñarlo.

282

I. ¿LA IGLESIA ES TODA ELLA MINISTERIAL?

1. La Iglesia prevaticana, que todavía lleva la voz cantante, no es toda ministerial

No lo es. Muchos curas no son servidores en el sentido evangélico y no propician que los demás lo sean. No lo son porque se entienden como parte de una corporación jerárquica que presta bienes y servicios conforme a normas estipuladas y que por su carácter sagrado lo hacen como representantes de Dios y no de aquellos que reciben sus servicios.

Aunque se hable de ministerios, el sentido que le dan es el de cargos, no el literal de servicios, y de hecho no son servidores en el sentido de relación de entrega personal horizontal y gratuita y menos desde abajo, como lo hizo Jesús, que eligió libremente servir así. Por eso, como los discípulos estaban discutiendo quién de ellos era el mayor, él les preguntó: «¿quién es mayor, el que está sentado a la mesa o el que sirve? Pues yo estoy entre vosotros como el que sirve» (Lc 22,27). Les decía

que, si no cambiaban de criterio, tenían que concluir que él era menos que ellos, cosa que ellos no estaban dispuestos a admitir. El problema de fondo es entender el servicio como Jesús lo vivió y no según la jerga institucional, considerarlo no como algo degradante, tal como lo considera el orden establecido, sino como una actitud radicalmente humanizadora, la actitud en la que se juega la fidelidad al Maestro.

Recuérdese que el documento de trabajo que envió la curia vaticana al Concilio como base para elaborar el documento sobre la Iglesia establecía la equivalencia entre Iglesia e institución eclesial. Y como estamos hablando de hechos tenemos que reconocer que sectores muy representativos de la institución eclesial todavía siguen sin aceptar que todos los cristianos seamos Iglesia y que los papeles en ella son para que todos lleguemos a ser en plenitud seguidores de Jesús de Nazaret y por ello están restringidos a este mundo y no existen en el reino de Dios.

283

2. La Iglesia que recibió el Concilio Vaticano II sí es toda ministerial

Hay que decir, sin embargo, que la Iglesia que en nuestra América recibió con creatividad fiel el Concilio sí fue ministerial. Fue una Iglesia que hizo verdad lo que proclamó el Concilio: «La Iglesia por su parte “solo desea una cosa: continuar, bajo la guía del Espíritu, la obra misma de Cristo, que vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido”»³⁵⁵. Esos obispos, verdaderos

³⁵⁵ *Gaudium et spes* n.º 3.

Padres de nuestra Iglesia, como tenían el mismo tipo de autoridad que Jesús, no crearon distancia respecto de nadie, dieron derecho a todos sobre su tiempo y sus personas y emplearon todas sus energías en servir al Pueblo de Dios y a sus conciudadanos y sobre todo a los pobres, de manera que su servicio los ayudara a crecer y a solidarizarse.

Por eso esa Iglesia servicial fue una bendición de Dios para nuestros pueblos y para los solidarizados con ellos: hizo presente al Dios de la humanidad. Pero, por otro lado, como en el caso de Jesús, estos servidores provocaron la persecución de los que con esa movilización creían que peligraba su dominio injusto.

284

Podemos decir por experiencia que cuando la Iglesia se vuelve toda ella ministerial es una bendición para todos los que quieren vivir humanamente y en particular para los empobrecidos y los solidarizados con ellos. En cambio, una Iglesia que, como los grandes del mundo, busca ser servida, se vuelve intrascendente e insignificante y revela a un dios que no existe, porque no es más que la sublimación trascendida de los grandes de este mundo.

II. LA IGLESIA ¿DEBE SER TODA ELLA MINISTERIAL?

En el diseño que se remonta a los evangelios y a lo que de las primeras comunidades se refleja en el Nuevo Testamento ¿no son unos pastores y otros ovejas y Jesús el pastor de los pastores (1 Pe 5,4)? Esta división ¿caso no se remonta al propio Jesús, que tuvo muchos discípulos, pero solo a algunos escogió para enviarlos a la misión?

Para responder a este planteamiento hay que dilucidar cómo entendió Jesús su señorío y su realeza y su función de pastor

(cf. Jn 10,1-18) y, no menos, cómo se comportaron muchos de los pastoreados por él. Entonces podremos hacernos cargo del sentido de los ministerios en la Iglesia.

1. El señorío de Jesús no admite súbditos sino seguidores voluntarios

Si confesamos a Jesús como el Señor ¿no estamos reconociendo que nosotros somos sus súbditos? Si él es el que nos trae la salvación ¿no significa que nosotros somos meramente los receptores agradecidos? Así sería, si Jesús fuera Señor como los señores de este mundo, aunque sin sus defectos y con un poder absoluto. Así lo concebían los discípulos: Él era el rey definitivo enviado por Dios para consumar la alianza con su pueblo liberándolo de los romanos y los judíos colaboracionistas e instaurando con su victoria un reino eterno que se extendería a todas las naciones. Era un orden jerárquico, aunque justo y beneficioso.

285

En él ellos aspiraban a los primeros puestos. Estaban dispuestos a trabajar lo que fuera para ocupar los puestos de honor. Rechazaban los puestos subordinados. Por eso vivían en disputas constantes sobre quién tendría más méritos para ser adlátere del Jefe Supremo.

Jesús rechazó completamente este planteamiento (cf. Mc 10,42-45). Jesús no solo se desmarca del modo de ejercer el poder los gobernantes y los poderosos, sino que propone otro modelo opuesto, y no, como ellos pensaban, el mismo, pero con justicia. «Nada de eso», significa otro imaginario. Para Jesús el criterio de grandeza se mide por la capacidad de servir, lo que implicaría que el que es servido por todos y no sirve a nadie es el que es el menor porque carece de humanidad. En

cambio, él, como es el Hijo del hombre, el dechado de humanidad, la alternativa de Dios respecto de esta historia de sojuzgamiento (cf. Dn 7), no ha venido a ser servido sino a servir hasta entregar toda su vida en este servicio.

Así pues, Jesús entiende que la humanidad se mide por la capacidad de servicio y la entrega efectiva a servir. Por tanto, lo que Jesús quiere es que se entable una emulación general en el servicio. Él es el servidor por antonomasia. Eso significa que no solo tenemos que aceptar su servicio sino ponernos como él a servir con su mismo Espíritu. Así pues, Jesús es Señor de todos no solo porque nos sirve a todos sino porque a todos nos libera para el servicio.

286

Este es el sentido del careo de Jesús con Pilato respecto de la acusación de la aristocracia sacerdotal. La pregunta de Pilato, que revela la acusación de sus enemigos, es si él es rey. Él responde que no lo es como los reyes de este mundo porque si lo fuera, su guardia habría luchado para no caer en su poder. Está maniatado ante él porque no tiene ejército ni policía. Si no es rey así, Pilato deduce que ha respondido que es rey. Él lo reafirma: él ha venido al mundo para ser testigo de la verdad. El que es de la verdad, escucha su voz. Le ha dicho que no tiene súbitos sino seguidores voluntarios, y que su realeza consiste en ser testigo de la verdad. Lo que Pilato ha sacado en claro es que no es un peligro político ni mucho menos militar. Por eso sale diciendo que no encuentra en él ninguna culpa. Pero no está interesado en saber qué es la verdad. Para él la verdad es la versión oficial. Si se atiende a la Verdad, el poder queda subordinado al grado en que sea buen conductor de la verdad. La verdad llevaría la voz cantante y no los poderes fácticos. Jesús revela y encarna la verdad sobre el ser humano y sobre toda la

creación y, radicalmente, sobre Dios. Lo que él quiere es que todos sigamos la verdad para que seamos libres y para que nos realicemos como realmente humanos. Él es el Hijo del hombre: completamente humano y humanizador.

Jesús no subordina sino humaniza, pero para eso requiere nuestra libertad: estimula con su relación nuestra humanidad para que lleguemos a ser humanos. No somos, pues, meramente receptores, sino corresponsables en relación mutua y abierta.

2. El Buen Pastor no nos reduce a destinatarios de sus cuidados sino nos hace pastores unos de otros

287

Jesús como pastor conoce a sus ovejas y sus ovejas lo conocen a él (Jn 10,14-15). Esta primera característica lo diferencia de los dirigentes del establecimiento que tratan de conocer a sus dirigidos, pero que no se dan a conocer a ellos. En esta diferencia de conocimiento basan su dominio. Para Jesús, por el contrario, conocer tiene el sentido bíblico de relación íntima: se abre completamente a ellos y ellos confían tanto en Jesús que se abren a él.

Ese tipo de relación expresamente negada, ya que, de darse, el establecimiento dejaría de ser jerárquico y sería horizontal. Sin embargo, esta horizontalidad propiciada por la confianza mutua pone en evidencia la jerarquía que existe en la realidad, porque unos sirven más integralmente y por eso humanizan más. Pero esta jerarquía en la excelencia no se manifiesta como subordinación sino como que dan más vida y más humana a más personas.

Desde esta horizontalidad, que es característica de la fraternidad, Jesús lleva a sus ovejas a pastar (Jn 10,1-10): propicia que tengan vida. Pero no lo hace dando cosas sino dándose a sí

mismo como vida de nuestra vida. El símbolo de esta relación es la Cena del Señor: Jesús les entrega como alimento y bebida su propia persona y lo hace para que, recibiendo esa vida y viviendo de ella podamos hacer lo mismo: entregar a otros esa vida que nos da. Esto implica que en el proyecto de Jesús todos los discípulos recibimos su vida, vivimos de ella y la entregamos. Todos damos de nuestra vida vivificada por Jesús.

288

La tercera característica del buen pastor es no desamparar a los suyos cuando hay peligro sino dar la vida para que ellos no perezcan (Jn 10,11-13). Esto fue lo que hizo Jesús. La pregunta es si esto es exclusivo del pastor. Es verdad que de nosotros mismos nosotros no tenemos esa capacidad. Pero él la da a sus seguidores, a quienes pide que lo sigan hasta dar su vida. Por eso advirtió al que quiera seguirlo que tiene que estar dispuesto a cargar con la cruz³⁵⁶ porque el que busque salvar su vida la perderá, pero el que la pierda por él y el Evangelio, la ganará (cf. Mc 8,34-35). Así pues, todos tenemos que estar dispuestos a dar la vida antes que renunciar a vivir la fraternidad de las hijas e hijos de Dios que él vino a instaurar. No es cosa solo del pastor.

Ahora bien, según este texto fundamental él es el único pastor porque él es el que con su relación nos capacita para que todos hagamos lo mismo. Para eso se relaciona siempre con todos atrayéndonos desde el seno del Padre con el peso infinito de su humanidad (cf. Jn 12,32) y ha enviado a cada ser humano a su Espíritu para que todos podamos tener esa relación íntima que se da al compartir todos un mismo Espíritu, pero cada uno

³⁵⁶ No solo en el sentido de Lucas, que se refiere a la cruz de las contrariedades de cada día, sino en el sentido de Marcos de que lo condenen como a él a la muerte más ignominiosa.

a la medida del don recibido para que la gracia de cada uno fecunde a los demás; y para que todos podamos darnos vida unos a otros; y para que nos dé fuerzas para que, si fuera preciso, dar la propia vida por los demás. Por eso se llega a poner en su boca que nosotros podremos hacer cosas como las que él hizo y aún mayores (cf. Jn 14,12).

Lo propio del liderazgo de Jesús no es someternos, como hacen los líderes carismáticos en el sentido sociológico. Él nos hace activos para que todos podamos seguirlo, continuar su misión, a la medida del don recibido.

Por eso el papel de los pastores en la Iglesia, un papel positivísimo si se lleva a cabo con ese espíritu, es propiciar que todos lleguemos a estas relaciones de servicio horizontal y gratuito y, de algún modo, desde abajo. Nunca desde arriba. Porque Dios no es el más alto, sino el que nos da el ser con su relación de amor discreto e incondicional y el que nos entregó a su Hijo y a su Espíritu. Por eso insiste el Vaticano II que el oficio de los pastores es todo él ministerial, es decir de servicio. Por eso la relación de los pastores con los laicos no puede ser otra que la de Jesús de Nazaret con todos nosotros, es decir, fraterna y por eso la relación que los define es estar con ellos como cristiano. El estar para ellos como obispos, viene después ya que es únicamente para cualificar esa fraternidad³⁵⁷.

289

3. En la Iglesia todos somos discípulos misioneros

De un modo más general según Jesús el discípulo es el que tiene que hacer como el Maestro, es decir, tiene que seguirlo:

³⁵⁷ *Lumen gentium* n.º 32.

hacer en su situación el equivalente de lo que Jesús hizo en la suya. Si este es el estatuto del cristiano no es concebible ser cristiano sin misionar. Sería enterrar el don recibido. Así pues, desde el seguimiento de Jesús todos los cristianos, todos en la Iglesia, tenemos que ser servidores: la Iglesia tiene que ser toda ella ministerial. Lo es a la medida del don recibido. Los dones son distintos. Pero no hay nadie sin don. Nadie está dispensado de servir. Esa es nuestra gracia y nuestra salvación. *Aparecida*, ya en su mismo título: «Discípulos misioneros» sostiene que todos los discípulos somos misioneros. Definir a los cristianos como discípulos misioneros es tan medular y tan actual, que llegar a asentarlos justifica una asamblea episcopal.

4. Los curados por Jesús se convirtieron en testigo suyos

En la vida de Jesús muchos curados por él ¿no dieron testimonio de lo que Jesús había hecho con ellos? ¿Dan testimonio por su cuenta, o lo hacen animados por el Espíritu de Jesús? Jesús por lo regular les dice que no se lo digan a nadie³⁵⁸, y, sin embargo, ellos salen a pregonarlo. ¿Son infieles a Jesús? De ningún modo.

Por ejemplo, el leproso que habiéndose enterado de la novedad de ese hombre que iba por los caminos seguido de multitudes, logró tener una idea tan certera de él que no le pidió nada, sino que le aseguró que él sabía que podía curarlo y que se ponía en sus manos. Una persona que llegó a alcanzar una idea tan certera de que Jesús era pura misericordia ¿podía no

³⁵⁸ Mc 1,34; 5,43; 7,36; 8,26; Mt 9,30; 12,16

dar testimonio de la misericordia de Jesús? Cuando le preguntaban cómo estaba sano tan de repente ¿tenía sentido que dijera que no podía decir lo que pasó? ¿No era plenamente congruente dar testimonio de que su fe no había sido defraudada sino plenamente confirmada?

Jairo y su esposa ¿podían no divulgar que Jesús había resucitado a su hija, cuando todos sabían que había muerto? Tal como sucedió la escena ¿no insistirían en que Jesús era un hombre de Dios, en que él rehuía la espectacularidad y que poseía una humanidad desbordante? Así podríamos decir de todos los demás sanados y de todos los que fueron testigos o incluso promotores de esas sanaciones.

291

Jesús les hace esa advertencia porque no quiere que la gente crea que él es un hacedor de prodigios, cuando los milagros son expresiones de hasta dónde llega el poder de su misericordia. Y ellos eso es lo que proclaman porque han sido curados porque han implorado su misericordia y la han recibido a través de una relación personalísima. Ellos son testigos en el sentido más denso de la palabra. Habrían sido infieles a la relación, si se hubieran contentado con recibir el don. A la gracia del encuentro correspondía también el dar testimonio de él. Jesús siempre instaure relaciones mutuas y abiertas. Es una buena nueva que se hace presente para expandirse al modo de las relaciones personalizadoras, que son las relaciones de fe³⁵⁹. Entre los seguidores de Jesús no debería haber ninguno que solo reciba; el verdadero seguidor no puede no dar lo que recibe. Es además el modo de consolidarlo.

³⁵⁹ P. TRIGO, «Estructura de la relación de fe», en *Relaciones Humanizadoras*, Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile, 2013, pp. 19-47.

III. EL SERVICIO ENTRE LOS CRISTIANOS Y A TODOS, ESPECIALMENTE A LOS NECESITADOS

Ahora bien, la ministerialidad tiene dos campos de acción complementarios, necesarios ambos si queremos ser fieles a la llamada del Señor: el primero es al interior de la Iglesia y el segundo con todos los seres humanos. Ambos se realimentan.

1. Si somos discípulos debemos lavarnos los pies, es decir servirnos, unos a otros. Si lo hacemos él está entre nosotros

292

Ante todo, se trata de ayudarnos a hacernos cristianos ejercitando la fraternidad de las hijas e hijos de Dios que nos alcanzó Jesús de Nazaret al llevarnos a todos en su corazón y al llamarlos hermanos a quienes hemos sido llamados al discipulado y hemos respondido a su llamada (cf. Jn 20,17; Mt 23,8; 28,10). Él nos hace hermanos de él y consiguientemente hermanos unos de otros. Una expresión elemental de la fraternidad es el servicio, de tal manera que, si no nos servimos, no nos estamos tratando como hermanos.

Esto es lo que nos pide Jesús al decirnos que tenemos que lavarnos los pies unos a otros. En esta escena paradigmática (Jn 13,1-17), Jesús, como es el Señor, nos lava los pies a todos. Nosotros como no somos el Señor, sino condiscípulos, solo tenemos capacidad de servirnos, unos a otros. No damos para servir a todos. Pero él nos capacita para servirnos unos a otros. Si no nos servimos es que no reconocemos a Jesús como el Señor que nos hermana. Porque reconocerlo como Señor no es invocarlo sino reconocer su señorío, es decir, su servicio. Y reconocer que su servicio nos pone a valer entraña internalizar su condición de servidor y por tanto servir como la expresión

más genuina de nuestra condición de discípulos y como lo que da la medida de nuestra humanidad.

Nos promete que en cuanto lo intentamos seriamente, él es el que está entre nosotros, no en medio como lugar, porque él no está aquí (Mc 16,6), sino como el que nos media (Mt 18,20). No está entre nosotros, si cada quien está buscando lo suyo: relacionarse con Dios o con Jesús. No está entre nosotros, si no hacemos lo posible por relacionarnos con la fraternidad de las hijas e hijos de Dios que él nos consiguió. Esta relación de servicio mutuo es tan decisiva, que, si no se da, Jesús no está entre nosotros y no somos su Iglesia.

293

2. Quien sirve al necesitado hereda la vida eterna porque actúa el amor y sirve al propio Señor

Esta misma solidaridad es la que se nos pide con los que vivimos y más con los que lo necesitan: los pobres y los pecadores. La solidaridad con los pobres es tan determinante que sin ella no podemos heredar la vida eterna. Como Dios es amor, hereda la vida eterna el que ama, y Jesús especifica que el amor es a Dios y al prójimo. El maestro de la ley pregunta quién es mi prójimo. En el Levítico, prójimo es el de los míos, mi conciudadano. Pero Jesús cuenta la parábola del buen samaritano y pregunta: «¿quién se hizo prójimo del que cayó en manos de los asaltantes?» (Lc 10,36). Para Jesús expresa el amor de Dios, no el que se limita a amar a los suyos (Lc 6,32), sino el que se acerca servicialmente al que tiene necesidad, movido por la misericordia. Quien obra así sigue el camino de Jesús, que salió de la casa del Padre para buscarnos a los que estábamos postrados en nuestra miseria. Pero él no es solo el Buen Samaritano, sino

que se ha querido identificar tanto con los necesitados que quien los sirve, lo sirve a él y quien no los sirve, no lo sirve a él (Mt 25,1-46). Como Jesús no está aquí en persona porque el Padre lo ha recreado en su seno, está en el necesitado. Servirlos es decisivo para heredar la vida eterna.

Por eso insiste tanto el papa Francisco que la Iglesia tiene que ser una Iglesia en salida a las periferias existenciales a servir a los que tienen necesidad. Esta es la ministerialidad más trascendente y decisiva que se nos pide a los cristianos y a todos los seres humanos. Dios y Jesús nos lo piden a todos porque si no servimos así nos vaciamos de sustancia humana, aunque podamos ejercitar grandes cualidades.

294

3. Despreciar, o, peor, odiar al pecador es autoexcluirnos del corazón de Jesús; servirlo en orden a su conversión es la respuesta congruente de quien se siente pecador perdonado

También se nos pide servir al pecador. En este caso servir significa no dejarlo por imposible sino ayudarlo a que viva con la dignidad, que no ha perdido, de hijo de Dios. El pecador en un grado mayor o menor se ha perdido, se ha extraviado, se ha degradado. Puede ser por servir al dinero o al poder o al placer o por estar autocentrado y no ser hijo de Dios ni hermano de aquellos de los que no puede sacar algún provecho. Si lo miramos con desprecio por su degradación humana o incluso con rencor por el mal que hace o incluso nos hace, también nosotros nos degradamos ya que dejamos de ser hermanos suyos. No podemos tratarlo como él nos trata sino como quisiéramos que nos tratara (Lc 6,31). Como verdadero hermano nuestro. Porque lo es, porque está con nosotros en el mismo corazón de

Jesús. Si lo excluimos del nuestro, nos autoexcluimos del corazón de Jesús.

Ahora bien, es muy difícil que busquemos convincentemente el bien del pecador si nosotros no nos vemos también necesitados de la misericordia divina. Solo si somos conscientes de la paciencia de *Papadios* con nosotros, de la absoluta gratuidad con la que se relaciona con nosotros, de la fe que tiene con nosotros esperando que un día seamos dignos de ella, solo si aceptamos que no somos dignos, pero que él nos ama, no con lástima sino con verdadero amor, estaremos también nosotros dispuestos a amar a los pecadores y buscar sincera, horizontal, gratuitamente su conversión (cf. Mt 18,21-35).

295

Como se ve, el servicio a pobres y pecadores no es algo supererogatorio, sino una expresión elemental de nuestra humanidad filial y fraterna. Por tanto, esa ministerialidad no está restringida a algunos, sino que se nos pide a todos, y a todos se nos da el Espíritu que nos capacita para llevarla a cabo.

IV. EN LA IGLESIA TODOS TENEMOS QUE SER SERVIDORES PORQUE DIOS SIRVE A TODOS, POR ESO JESÚS ES EL QUE HA VENIDO A SERVIR

La trascendencia de la ministerialidad, entendida no como oficios estatuidos por una institución, sino como servicio horizontal y gratuito, deriva de que Jesús se caracteriza a sí mismo como del que no ha venido a ser servido sino a servir y dar su vida en rescate por muchos, es decir, por todos. Y en definitiva deriva de que Jesús ha venido a servir porque su Padre es el que sirve a todos y no puede ser servido por nadie, a diferencia de los ídolos que no tienen capacidad para dar servicios eficaces

y que tienen que ser servidos constantemente porque no tienen entidad propia y por eso viven de sus adoradores.

296 El texto clave de esta imagen del Dios judeocristiano, que contrasta con el dios de tantos cristianos y de tantos que por eso son ateos, está en el Deuteroisaías y acontece en la fiesta de año nuevo, que coincidía con la de la creación del mundo y la del Estado de Babilonia. En la celebración había una procesión ritual con las imágenes de los dioses. Mientras los israelitas los contemplaban aterrorizados, el profeta, con su imaginación profética, ve cómo son derribados e, incapaces de salvar a sus adoradores, ellos mismos van al destierro. El profeta los anima a que se fijen que, como no tienen entidad propia, son una carga pesadísima para los que los llevan, para sus adoradores. En cambio, les dice en nombre de Yahvé: «Yo los he llevado en mis manos desde que estaban en el seno materno y los llevaré hasta su vejez». La diferencia entre Dios y los ídolos es, pues, que como ellos no tienen sustancia propia necesitan que los sirvan incesantemente y por eso cuanto más grande se presenta un ídolo es una carga más pesada. En cambio, al Dios verdadero no lo carga nadie; por el contrario, él es el que nos carga a cada uno y no le cansamos porque él es amor infinito (cf. Is 46,1-4)³⁶⁰.

Así pues, la diferencia mayor entre Dios y los ídolos no es la imagen que nos hacemos de ellos sino el tipo de relación que entablamos: si resultan una carga insoportable es que son ído-

³⁶⁰ *Comentario Bíblico «San Jerónimo» I*, Cristiandad, Madrid, 1971, pp. 103-104; F. RAMIS, *Isaías 40-46*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2008, pp. 151-152; L. ALONSO SCHÖKEL y J. L. SICRE, *Profetas I*, Cristiandad, Madrid, 1980, p. 307; W. BRUEGGEMANN, *La imaginación profética*, Sal Terrae, Santander 1986, pp. 87-88.

los, si su relación nos ayuda eficazmente a llevar la carga de la vida y a nosotros mismos y a cargar con los demás, es que nos relacionamos con el Dios verdadero.

Esto supone un vuelco total en el imaginario establecido, desde el que Dios tiene que ser servido por todos porque está en cúspide de la pirámide social e incluso la trasciende infinitamente. Por tanto, así como los de abajo sirven a los de arriba porque estos les son superiores, a él tienen que servirlo todos porque está por encima de todos. Ese es el dios que postula una Iglesia jerárquica en el sentido de las jerarquías sociales sacralizadas. O, más bien, una Iglesia verticalista proyecta ese tipo de Dios que consagra su posición de privilegio.

297

Así pues, una institución eclesiástica que se autoentiende como puesta por Dios por encima de los que considera como simples fieles y que vive haciéndolo sentir a los demás, no adora al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, aunque lo invoque con ese nombre. Esto es lo que pasa cuando ministerio no se entiende como servicio sino como cargo institucional, fuente a la vez de responsabilidad y de prestigio, que impide estar como hermano con los que no lo tienen, llevándose con ellos horizontal y mutuamente en la fe, en el amor cristiano y en la vida. Aunque a veces es una mera ideología que coexiste con un verdadero compromiso pastoral y con una actitud humilde.

V. DOS TIPOS DE SERVICIOS: SERVIRNOS COMO CRISTIANOS PARA LLEGAR A SERLO EN PLENITUD Y SERVIR DESDE EL OFICIO ENCOMENDADO

Queremos insistir en que hay dos tipos de servicios y, en este sentido radical, de ministerios: el que nos prestamos unos a

otros en nuestra condición de cristianos, ese estar primario y radical unos con otros, del que hablaba Agustín («con ustedes soy cristiano») y los servicios que nos prestamos unos a otros desde el oficio que se nos ha encomendado en la Iglesia («para ustedes soy obispo»). Queremos insistir en que el segundo solo se puede ejercer desde el primero.

1. Estar con los demás haciéndonos cristianos juntos

Obviamente «estar con» no es estar uno al lado del otro. Implica una relación mutua, una ayuda habitual: el ejercicio de la fraternidad de las hijas e hijos de Dios en que consistimos como cristianos. Sin esa ministerialidad habitual y básica no somos cristianos, no hay Iglesia. Esa fraternidad de las hijas e hijos de Dios que nos alcanzó Jesús es ya vida eterna y subsistirá en el reino de Dios. Eso somos y seremos para siempre, si lo ejercitamos de manera que esa relación fraterna acabe dando el tono a todas nuestras relaciones.

Es decisivo ponerlo de relieve para cultivarlo explícitamente y para educar en ese modo de relacionarnos en el proceso de iniciación cristiana y en el de formación para los ministerios, sobre todo los ordenados. Solo si esta relación se valora como lo más decisivo, podrá superarse el corporativismo que da el tono en no pocas parroquias y otras instancias eclesíásticas. Sin el ejercicio asiduo de esta fraternidad básica, todo lo demás resulta vacío.

2. Ser para los demás, para ser con los demás

Pero además es decisivo ponerlo de relieve porque el único sentido de los ministerios en la Iglesia es potenciar y cualificar

esa fraternidad básica, y ayudar a que se expanda en la sociedad, atendiendo especialmente a los pobres y sin dejar por imposibles a los opresores.

En la Iglesia latinoamericana hemos experimentado en el postconcilio la fecundidad de estos ministerios cuando se realizan con este espíritu. Realmente que esos pastores animaron a la Iglesia y a la sociedad, despertaron la esperanza en los pobres y los solidarizados con ellos y revelaron como buena nueva el verdadero rostro de Dios y de Jesús e hicieron ver el empuje humanizador de la fuerza del Espíritu. Realmente que cuando los ministerios son lo que deben ser, son una bendición de Dios y fecundan a toda la Iglesia y a la sociedad. Y son lo que deben ser cuando se abocan a potenciar esta fraternidad cristiana.

299

Nos ayudan, sobre todo, a entroncar con los santos evangelios, a coordinar los diversos carismas, a que la multitud de cristianos se articulen de manera que todos crezcamos en la fe y en el conocimiento de la vocación a la que hemos sido llamados y que nos robustezcamos en ella, a que la ayuda mutua pueda canalizarse más eficazmente, de manera que nadie quede de lado, que todos nos acuerpemos y estimulemos y que nos socorramos en nuestras diversas necesidades. Todo esto lo hemos vivido con gran alegría y estamos muy agradecidos.

Todavía ese espíritu de recepción conciliar creativamente fiel está vivo, pero ya no da el tono. Porque desde «los órganos centrales de la administración eclesiástica»³⁶¹ se malinterpretó esa manera de ejercer el ministerio y se impulsó la dirección

³⁶¹ Así calificó a la curia Juan XXIII cuando estaba de nuncio en Turquía y Grecia (*Diario del alma*, 22 nov. a 2 dic., 1926, pp. 1-2).

contraria³⁶². Gracias a Dios, el papa Francisco vuelve a insistir en ella con un espíritu netamente evangélico. Pero la resistencia tenaz que está encontrando hace ver qué hondamente había penetrado el corporativismo en la institución eclesial.

Pero esta ministerialidad solo es fecunda cuando está montada sobre esa primera comunión que constituye a la Iglesia y que por eso podemos llamar primera eclesialidad.

VI. MINISTERIOS, DONES O GRACIAS EN EL PUEBLO DE DIOS Y PARA EL PUEBLO DE DIOS

300

1. Los diversos dones en las cartas de Pablo

Para referirnos a los ministerios o a los dones dados a cada uno del cuerpo de Cristo³⁶³ para común utilidad creo que es conveniente referirnos a las enumeraciones que expone Pablo³⁶⁴, teniendo en cuenta que ninguna pretende ser exhaustiva. Las expondremos desde la más sistemática a la menos sistemática.

³⁶² Influyeron muchos factores. Vamos a referirnos al menos culpable. Al morir Juan Pablo II publicamos en SIC un editorial muy elogioso titulado «Un creyente muy humano». Al final nos referimos a «una limitación inconsciente»: «Su límite es su concepción de lo institucional, que por influencia tanto de su Iglesia polaca preconiliar como del comunismo ambiental en que se levantó, lo concibió siempre como piramidal (...). Consolidó sin darse cuenta una institución eclesial piramidal, en la que por tanto no fluyó la lógica sinodal sino la institucionalista. Por eso, el poco acierto de no pocos de sus nombramientos y por eso también el acabar en manos de sus colaboradores».

³⁶³ J. BECKER, *Pablo, el apóstol de los paganos*, Sígueme, Salamanca, 1996, pp. 507-508; J. J. BARTOLOMÉ, *Pablo de Tarso*, Editorial CCS, Madrid, 2010, pp. 490-492.

³⁶⁴ J. BECKER, *ibidem*, p. 495.

Creemos que la enumeración más clara y completa es la que aparece en Efesios: «Él mismo dispuso que unos fueran apóstoles, otros profetas, otros evangelizadores, otros pastores y maestros, para la adecuada organización de los santos en las funciones del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que llegemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto. a la plena madurez de Cristo» (Ef 4,11-13).

Comienza recalcando la unidad, lo que hemos llamado primera comunión: «Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a la que han sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, actúa por todos y está en todos» (4,4-6). Como se ve, esto es lo fundamental y los dones que ha recibido cada uno están para realizar esta unidad, que es poliédrica, como le gusta decir al papa Francisco. Los dones son importantísimos: son para realizar esa unidad. Pero por eso tienen que tener siempre presente ese horizonte escatológico, sin el que se extravían.

Cada gracia tiene aparejada una función: a los apóstoles les toca que la comunidad mantenga la conexión con el origen: con Jesús y su grupo, que fueron testigos de su vida y de su resurrección³⁶⁵.

³⁶⁵ Por eso Pablo, que no es testigo de su vida, apela a la aparición del Resucitado y al encargo recibido de él basado en su revelación. La subida a Jerusalén «para que no resulte haber corrido en vano» (Gál 2,2) supone que en definitiva depende de las tradiciones prepascuales, aunque insista en que cuando les declaró el Evangelio que predicaba a los gentiles, las tenidas como columnas de la Iglesia estuvieron de acuerdo (M. Y. MACDONALD, *Las comunidades paulinas*, Sígueme, Salamanca, 1994, pp. 78-84).

A los profetas, actualizar la voluntad de Dios para ese tiempo y lugar, o, dicho de otro modo, asentar el equivalente para su situación de lo que Jesús dijo e hizo en la suya³⁶⁶.

A los evangelizadores, comunicar situadamente la buena nueva de Jesús, tal como está contenida en los santos evangelios.

A los pastores, procurar que les llegue a todos la vida que nos dio Jesús, que haya concordia entre todos, que los carismas no se transformen en preeminencia de unos sobre otros, sino que conserven su sentido de servicio horizontal y gratuito, que no haya un carisma que opaque a los demás, sino que unos estimulen a otros, que lleve la voz cantante la caridad de manera que todo sea expresión de ella³⁶⁷.

302

A los maestros no les toca dar clases de cristianismo reducido a doctrina, preceptos y ritos, sino por una parte introducir en el misterio cristiano, insistiendo en sus contenidos y

«En las cartas paulinas auténticas Pablo cree necesario defender su condición de apóstol (por ejemplo 1 Cor 15,3-11; 2 Cor 10-13; Rom 1,1-5; Gál 1,15-17; 2,7-9)» (*ibidem*, p. 185). J. SÁNCHEZ, *Maestro de los pueblos*, Verbo Divino, Estella, 2007, pp. 556-563.

³⁶⁶ «Es claro que en 1 Cor 14 Pablo muestra una gran estima por la profecía, por sus posibilidades para edificar la comunidad» (M. Y. MACDONALD, *Las comunidades paulinas*, ob. cit. p., 92). «La inclusión de Pablo entre el grupo de profetas sirve para clarificar su función. Pablo fue elegido por intervención divina para llevar a cabo su misión (Hch 9,1-20;22,4-16; 26,9-18)» (M. Y. MACDONALD, *Las comunidades paulinas*, ob. cit., p. 194). U. WILCKENS, *La carta a los Romanos*, vol. II, Sígueme, Salamanca, 1992, pp. 349-350.

³⁶⁷ «Hch 20,28 presenta el pastorear como una de las tareas de los presbíteros de Éfeso (cf. 1 Pe 5,2; Jn 21,16). Pastorear es, al parecer, proteger a la comunidad de los falsos maestros que la acechan» (M. Y. MACDONALD, *Las comunidades paulinas*, ob. cit., p.195).

por otra parte ayudar a leer la realidad a la luz de este misterio³⁶⁸.

Como se ve, los diversos oficios o servicios son cada uno un aspecto de una sola realidad. El que Pablo ponga sujetos distintos para cada aspecto es, tanto para que no quede opacado ninguno, sino que todos queden realzados al tener quien los promueva específicamente, como para que no haya uno que relegue a los demás. Pero al comienzo de la carta se dice que la comunidad, como familia de Dios, ha sido edificada sobre el cimiento de los apóstoles y los profetas, siendo Jesucristo la piedra angular (2,19-20). Eso indicaría una diferencia cualitativa, incluso temporal, entre ambos y los demás dones y oficios³⁶⁹.

303

Repetimos que estos servicios tienen como objetivo que los que componen el cuerpo de Cristo lleguen a la unidad de la fe y el conocimiento del Hijo de Dios, a la plena madurez en Cristo. En ese tiempo, el de la tercera generación, cuando las comunidades están embarcadas en el proceso de institucionalización estabilizadora «hay una clara visión de la corresponsabilidad de la comunidad en los ministerios»³⁷⁰.

³⁶⁸ «Las exhortaciones de Gál 6,6; cf 1 Tes 5,12) dejan clara la centralidad de la enseñanza en la secta paulina» (*ibidem*). «Otro aspecto de las imágenes de Pablo en Colosenses y Efesios es su papel de maestro (...) Pablo es un maestro autorizado, contrario a cualquier desviación de la verdad que él enseña» (M. Y. MACDONALD, *Las comunidades paulinas*, ob. cit., p. 187). «El evangelio de Mateo contiene interesantes semejanzas con Efesios en lo referente a la centralidad de la enseñanza» (M. Y. MACDONALD, *Las comunidades paulinas*, ob. cit., p. 196, con explicación hasta p. 199). U. WILCKENS, *La carta a los Romanos* vol. II, Sígueme, Salamanca, 1992, p. 350.

³⁶⁹ M. Y. MACDONALD, *Las comunidades paulinas*, ob. cit., pp. 192-194.

³⁷⁰ M. Y. MACDONALD, *Las comunidades paulinas*, ob. cit., p. 199.

La primera carta a los Corintios parte de la realidad de que todos componemos el cuerpo de Cristo y por eso cada uno es miembro con su don, para que con él contribuya a su funcionamiento pleno. En la enumeración de las diversas funciones resalta que su origen es el propio Dios. Los dos primeros lugares son los mismos que los que aparecían en Efesios: los apóstoles y los profetas. En tercer lugar, coloca a los maestros. «Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros cada uno a su modo. Y así os puso Dios en la Iglesia, primeramente, los apóstoles, en segundo lugar, los profetas, en tercer lugar, los maestros, luego los milagros, luego el don de curaciones, de asistencia, de gobierno, diversidad de lenguas» (1 Cor 12,28). Después de estas tres funciones vienen otras, que ya no pone por orden sino dice genéricamente que vienen luego: son el carisma de hacer milagros; la asistencia, es decir, la ayuda prestada a otros en caso de necesidad o enfermedad o vejez³⁷¹ (Hch 6,1-6), algo que en la asamblea de Jerusalén habían puesto como piedra de toque de la legitimidad evangélica de las Iglesias de Pablo y que él se esmeró en cumplir y en pedir a sus comunidades que cumplieran (Gál 2, 10; Rm 15,25-28; 2 Cor 8-9; Rm 24,17); la función de gobierno, que aparecía en Efesios como el oficio de pastores, un oficio humilde, abnegado, pero imprescindible, por la necesidad de las funciones a las que nos referimos³⁷²; y finalmente, en último lugar, el de la diversidad

³⁷¹ «Parece que existía un grupo implicado más en cuestiones prácticas —como el cuidado de los enfermos, la hospitalidad, la administración o la provisión de sus casas para las reuniones del grupo—» (*ibidem*). U. WILCKENS, *La carta a los Romanos* vol. II, Sígueme, Salamanca, 1992, p. 350.

³⁷² En Filipenses 1,1 Pablo saluda a los santos y a sus «obispos y diáconos», que podemos designar más genéricamente como los encargados y

de lenguas, un oficio que los corintios apreciaban muchísimo y que en esa carta relativiza y casi ridiculiza y lo contrapone al de profecía (1 Cor 14).

La referencia a los ministerios que aparece en la carta a los Romanos asienta de entrada que todos formamos el único cuerpo de Cristo, siendo por tanto miembros unos de otros; y por eso tienen que amarse unos a otros, estimando en más a los otros. Cada uno posee un don diferente según la gracia que le ha sido dada³⁷³ y al servicio y edificación de la comunidad³⁷⁴. Desde ahí viene la enumeración de los dones: «Teniendo dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada, si es el don de profecía, ejerzámolo en la medida de nuestra fe; si es el ministerio, sirviendo; la enseñanza, enseñando; la exhortación exhortando. El que da con sencillez; el que preside, con solicitud; el que ejerce la misericordia, con jovialidad» (Rm 12,6-8). Llama la atención que no aparezcan los apóstoles, que aparecían en primer lugar en las dos enumeraciones anteriores. El primero que especifica es el de profecía, que aparece en segundo lugar en las dos enumeraciones anteriores. Luego aparece el servicio, que también estaba presente en la carta a los Corintios, pero que faltaba en la de los Efesios. A este pueden equipararse el de dar y el de ejercer la misericordia³⁷⁵. El de enseñanza equivale al de maestro que aparece en ambas enumeraciones. El que preside puede asociarse al de gobierno que aparece en la

305

los que les sirven. En 1Tes Pablo pide que tengan en consideración a quienes desempeñan entre ellos la función de presidirlos y aconsejarlos (5,12).

³⁷³ U. WILCKENS, *La carta a los Romanos* vol. II, Sígueme, Salamanca, 1992, pp. 345-349.

³⁷⁴ U. WILCKENS, *La carta a los Romanos*, ob. cit., pp. 352-353.

³⁷⁵ U. WILCKENS, *La carta a los Romanos*, ob. cit., p. 351.

carta a los corintios o a los pastores que aparece en Efesios³⁷⁶. El de exhortar puede anexarse al anterior.

2. Necesidad de que no falte ninguno y estén balanceados para que la vida y la misión de la Iglesia no se deformen ni pierdan el rumbo

Los que aparecen en las tres enumeraciones son el de profecía, el de enseñar y el de pastor o de presidir o de gobierno. En dos enumeraciones aparecen el de apóstol y el de servir o dar o hacer misericordia. El de evangelista aparece una sola vez. Tenemos que asentar que los seis son imprescindibles y deben estar balanceados.

Cuando en una Iglesia particular o en una época de la Iglesia dan el tono el oficio de presidir y el de enseñar, el llamado magisterio eclesiástico, esa Iglesia o esa época adquieren un tono corporativo, se opaca la dimensión carismática, en el sentido fuerte de dejarse conducir por el Espíritu, que empuja de modo actual y pluriforme, y lo que toma cuerpo hasta absolutizarse es la institución. Ser apóstol no es en este caso un carisma específico que lleva a los cristianos a entroncar efectivamente con los orígenes jesuánicos y la primera configuración

³⁷⁶ G. BORNKAMM llega a afirmar que el hecho de presidir «se refieren más bien a actividades ocasionales, y no pueden ser integradas en una serie jerárquica de funciones institucionalizadas» (*Pablo de Tarso, Sígueme*, Salamanca, 1996, p. 239, véase también p. 252). J. BECKER, por el contrario, afirma que «aunque no posee un esquema institucional en el sentido descrito, dio no obstante a sus comunidades una determinada estructura», «pero las tareas pertenecían a la comunidad y podía desempeñarlas una persona o varias o relevándose unas a otras» (*Pablo, el apóstol de los paganos, Sígueme*, Salamanca, 1996, pp. 502, 223).

de los testigos de su resurrección; es meramente una denominación de los que presiden. Está garantizado, se asienta doctrinariamente, por el propio Cristo.

Lo mismo podemos decir de los evangelizadores. En ese esquema es una característica de los pastores, aunque misionen de un modo doctrinario o moralizante, aunque no expongan los santos evangelios como historia viva que lee la historia y las vidas en ella.

En esas Iglesias está desterrada la profecía, porque se entiende que ya todo está dicho y no queda sino cumplir lo que se dijo al principio, que es por hipótesis lo que dicen ellos.

307

En esas Iglesias puede darse la asistencia a pobres y enfermos, pero no se hace como un servicio fraterno, sino mediante instituciones protocolizadas, aunque sean eficientes.

Parece una caricatura, pero eso es lo que hemos vivido antes del Concilio y tenemos que reconocer que no pocos lo vivían con buena voluntad no ilustrada, incluso ciega, como dice de sí mismo Pablo (cf. 1 Tim 1,13), pero buena voluntad.

Ya hemos recalcado la importancia de la profecía para que las Iglesias estén vivas y haya una interpelación evangélica hacia la autenticidad y una llamada a la sociedad a enrumbarse por la fraternidad de las hijas e hijos de Dios. En este sentido el papa Juan XXIII fue un gran profeta y una bendición de Dios para la Iglesia y el mundo. La convocación del Concilio Vaticano II fue un acto eximio de profecía porque se estimaba que con la curia vaticana y la infalibilidad papal bastaba para que todo anduviera expeditamente. Lo mismo que decimos del papa Juan lo afirmamos de los que hemos llamado modernos Padres de la Iglesia latinoamericana: vivificaron nuestra Iglesia y dijeron la palabra que Dios tenía para la sociedad y supieron aguantar

las contradicciones y persecuciones, no solo sin claudicar ni desanimarse sino, como Jesús, creciendo en la humanidad de Jesús de Nazaret y fortaleciendo a sus Iglesias. Lo mismo podemos decir del papa Francisco. Ha logrado remecer a la Iglesia desde el Dios de Jesús y desde Jesús de Nazaret y con su Espíritu, que se empeña en discernir.

308

También tenemos que asentar que en la Iglesia prevaticana, no existían evangelizadores, en el sentido de anteponer a Jesús de Nazaret, tal como aparece en los evangelios, contemplándolo como discípulos, para que nos hable hoy y así podamos seguirlo con fidelidad creativa. Este oficio es el que estaba más radicalmente negado en la Iglesia prevaticana, porque, como reacción no superadora al libre examen de los protestantes, no entregaron la Biblia al Pueblo de Dios. En el catecismo estaba todo claro, protocolizado. La lectura orante personal y comunitaria, tomada en su narratividad original y no como *dicta probantia*, que es lo que hacía la teología al uso, podía desbalancear lo recibido haciendo que cosas importantes en la doctrina cristiana recibida se relativicen y otras, buenas, pero no indispensables, aparezcan como lo verdaderamente decisivo. Ellos comprendieron que la lectura orante, tomada como fuente, iba a trastocar ese venerable edificio. Y así pasó. Así se entiende el trastorno que provocó el Concilio en los que no quisieron dejarse interrogar por los profetas y evangelistas, porque se tenían como doctores autorizados.

La prueba más patente de la fidelidad evangélica de los modernos Padres de la Iglesia latinoamericana es que entregaron la Biblia al pueblo, sobre todo los evangelios que son su corazón, en el mejor de los casos en un acto de Tradición constituyente.

La asistencia se volvió solidaridad a través de organismos tanto diocesanos como de congregaciones religiosas y de muchos grupos y mediante la solidaridad de muchísimos cristianos, en una relación horizontal. En esta situación de pecado, esto se ve como expresión primaria de nuestra condición de cristianos y de la fecundidad de la fidelidad al Maestro.

Ahora bien, lo mismo que hemos enaltecido la profecía y la evangelización, igualmente tenemos que recordar que no cualquier ocurrencia es profecía y ni siquiera lo es la propuesta más ajustada a la realidad que hacen las ciencias sociales; menos aún, la ideología de los sectores de izquierda³⁷⁷. Tampoco es labor de un genuino evangelizador leer el evangelio con las orejas de una ideología³⁷⁸ ni como si fueran materiales que desentrañan los que se llaman historiadores del siglo I.

309

Ambas desviaciones se dieron no de modo excepcional, aunque es verdad que ninguno de los modernos Padres de la Iglesia latinoamericana y de los teólogos más reconocidos incurrieron en ellas. El cristianismo perdió trascendencia en esa manera de proponerlo.

SÍNTESIS

La Iglesia debe ser toda ella ministerial, el servicio básico y trascendente es caminar juntos, que constituye la sinodalidad como el modo de ser de la Iglesia; y los servicios llamados es-

³⁷⁷ A nuestro modo de ver es el caso de los que se llamaron «Cristianos por el socialismo» (SIC 368, 1974, pp. 351-358).

³⁷⁸ Como ejemplo de esta desviación tenemos el «Evangelio en Solentiname» (SIC 386, 1976, pp. 270-271).

pecíficamente ministerios, si se dan todos y están bien balanceados, son una palanca efficacísima para que se dé ese servicio básico que debe caracterizar a la Iglesia, si quiere ser la Iglesia de Jesucristo, que estaba entre los suyos como el que sirve.

El servicio básico es llevarnos unos a otros en la fe, en el amor fraterno y en la vida concreta. Está muy bien expresado en la carta de Pablo a los Colosenses (3,12-17).

310

Hemos asentado que los ministerios son: apóstoles, profetas, doctores, maestros, pastores y servidores en el sentido restringido de lo que se llama técnicamente «ayuda humanitaria», que nada tiene que ver con el diácono que es un pastor de tercer grado, después del obispo y del presbítero. Quisiéramos insistir que, si no existen los seis y no están bien balanceados, es decir, si cada uno no tiene un relieve propio acusado, esa Iglesia se verá envuelta en graves deformaciones.

La más grave, que denuncia sin cesar el papa Francisco, es el clericalismo. En esta manera de vivir el cristianismo, de hecho, la institución eclesiástica considera que ella es la Iglesia en sentido estricto. En ese tipo de clerecía los oficios son el de maestro autorizado, que en la práctica es autoritario, y el de pastor, que no considera como hermanos a los pastoreados, aun en el caso que los sirva con toda intensidad y solvencia, como quien tiene que dar cuenta a Dios de ellos. Los ministerios de profecía y de evangelización en el sentido estricto en que los hemos caracterizado, no existen, porque si existieran no podría mantenerse ese estilo de Iglesia. La profecía sobra porque ya todo está dicho y solo queda aplicar la doctrina, los preceptos y realizar los ritos. La evangelización queda reducida a los ejemplos de Jesús, de los Apóstoles y del Antiguo Testamento, tanto para la moral como para la ascética. La Biblia se usa como como

dichos descontextuados, para probar lo establecido sin ellos. No es la fuente, como asienta convincentemente el Concilio, que dice, citando a san Jerónimo, que la ignorancia de la Biblia, y sobre todo de los evangelios que son su corazón, es ignorancia de Jesucristo³⁷⁹. El oficio de apóstol no existe tampoco, como ejercicio sistemático de anudar con la fuente jesuánica y las primeras comunidades. Se establece que, por hipótesis los obispos son sucesores de los apóstoles y que lo que hagan lo hacen como tales. No se distingue entre buenos sucesores y malos sucesores. Ahora bien, también tenemos que reconocer que a veces se ha utilizado la profecía como denuncia desde la sensibilidad del denunciante o desde una ideología, sin que se pretenda la equivalencia dinámica con las fuentes, utilizándolas a veces también como *dicta probantia* de aquello a lo que se ha llegado no desde el cristianismo. Lo mismo podemos decir del evangelista: a veces se ha hecho la lectura orante, no como discípulos, definiéndonos en nuestra dirección vital como oyentes de la Palabra, sino desde una ideología que funciona como horizonte no sometido al discernimiento evangélico.

311

Pero queremos insistir con alegría que, desde la recepción a la vez fiel y creativa del Concilio, sí se ha llegado a esta ministerialidad completa y bien balanceada. Y donde ha sucedido, como en nuestra América en la Iglesia que sale de *Medellín* y *Puebla*, esta ministerialidad potenció grandemente la del todo el Pueblo de Dios. El resultado fue una Iglesia viva y creativa, luz y fermento para la sociedad en que se encarnó.

A nivel de la Iglesia universal y a la vez como expresión de nuestra Iglesia latinoamericana, tenemos la figura del papa

³⁷⁹ *Dei Verbum* n.º 25.

Francisco que está empeñado en que la institución eclesial asuma su nivel primario de cristiano y camine con el pueblo, haciéndose cristianos unos con otros, y que desde esa sinodalidad primaria, asuma su ministerialidad específica para potenciarla. En este oficio reluce su condición eximia de profeta y de evangelizador y por eso el buen pastor. Y por eso, como Jesús, se ve cuestionado por los que no quieren convertirse al camino jesuánico, aunque como Jesús, él no deja a nadie por imposible.

ÍNDICE

- 5 **Palabras de Presentación**
Arturo SOSA SJ
(Prepósito general de la Compañía de Jesús)
- 9 **Introducción**
Rafael LUCIANI y Carlos SCHICKENDANTZ
- 19 **REFORMAR LA IGLESIA A LA LUZ
DE LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS**
- 21 **¿Cómo reconocemos los signos de los tiempos?**
Peter HÜNERMANN
(Universidad de Tubinga; Tubinga, Alemania)
- 33 **Desafío al apocalipsis. El rol global del
catolicismo en el contexto actual**
Antonio SPADARO SJ
(Director de *La Civiltà Cattolica*; Roma, Italia)
- 55 **Revolución de la ternura y reforma de la Iglesia**
Carlos María GALLI
(Pontificia Universidad Católica Argentina;
Buenos Aires, Argentina)

- 93 **Reforma inclusiva de la Iglesia católica. Significado y profecía de una recepción inacabada**
Virginia R. AZCUY
(Pontificia Universidad Católica Argentina; Buenos Aires, Argentina)
- 121 **Eco-eclesiogénesis: Ensayo sobre la reforma de la Iglesia desde *Laudato Si***
José de Jesús LEGORRETA
(Universidad Iberoamericana; Ciudad de México, México)
- 143 **DE LA CONVERSIÓN PASTORAL A LA CONVERSIÓN SINODAL**
- 145 **Conversión pastoral a los signos de los tiempos**
Jorge COSTADOAT SJ
(Pontificia Universidad Católica de Chile; Santiago, Chile)
- 173 **La reforma como conversión pastoral y sinodal. Eclesiogénesis de una recepción conciliar**
Rafael LUCIANI
(Universidad Católica Andrés Bello; Caracas, Venezuela)
- 203 **Concepto y ámbito de la conversión pastoral**
Agenor BRIGHENTI
(Universidad Católica de Paraná; Curitiba, Brasil)
- 231 **Elitismo y clericalismo. La conversión sinodal y la crisis de los abusos**
Carlos SCHICKENDANTZ
(Universidad Alberto Hurtado; Santiago, Chile)

- 259 **Escuchar los clamores de laicos y laicas.
Oportunidad histórica de reformar la Iglesia
en la era de Francisco**
Alejandro ORTIZ
(Universidad Iberoamericana; Puebla, México)
- 279 **CLAVES PARA UNA CONVERSIÓN MINISTERIAL**
- 281 **Una Iglesia toda ella ministerial**
Pedro TRIGO SJ
(Universidad Católica Andrés Bello; Caracas,
Venezuela)
- 313 **Reforma de la Iglesia, reforma del ministerio
ordenado**
Serena NOCETI
(Instituto Superior de Ciencias Religiosas;
Florencia, Italia)
- 347 **Los nuevos ministerios. Una conversión
ministerial de la Iglesia católica**
Gilles ROUTHIER
(Universidad de Laval; Quebec, Canadá)
- 367 **¿Ordenar presbíteros a hombres casados?
Un *excursus* histórico**
Mauro CASTAGNARO
(Periodista y editor italiano especializado en
asuntos sociopolíticos y eclesiales en América
Latina)
- 405 **La exhortación apostólica *Querida Amazonia*
no elimina la posibilidad de ordenar hombres
casados**
Antonio José DE ALMEIDA
(Diócesis de Apucarana; Paraná, Brasil)

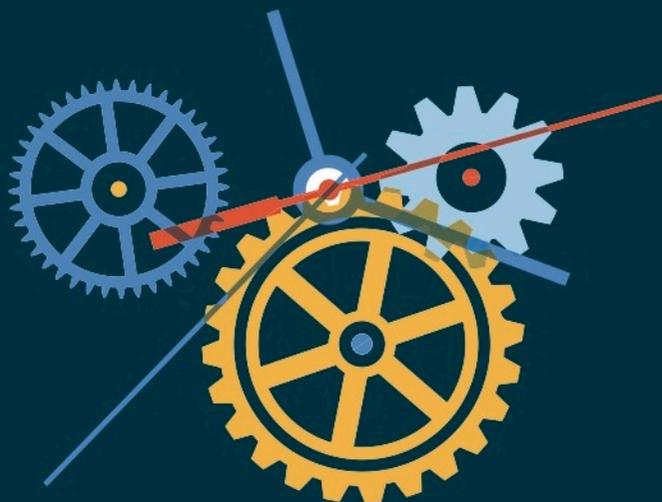
429 **Una Iglesia sacramental. La vía del derecho
canónico para conceder una dispensa
del impedimento del matrimonio en orden
al sacerdocio**

Myriam WIJLENS

(Universidad de Erfurt; Erfurt, Alemania)

Reforma de Estructuras y Conversión de Mentalidades

Rafael Luciani
y Carlos Schickendantz
(coords.)



Ser Pueblo de Dios
en estado permanente
de misión.

Las reformas en la Iglesia tienen como punto de partida una lectura actual de los signos de nuestro tiempo a la luz del Evangelio. Reconocemos la necesidad de una conversión sinodal a todos los niveles de la vida de la Iglesia frente al modelo teológico-cultural reinante que no ha logrado superar una cultura clerical y piramidal.

El clamor de las víctimas y las exigencias de las nuevas subjetividades emergentes nos llaman a repensar las relaciones de poder y gobernanza en la institución eclesial a la luz de una profunda conversión en su modo de proceder. Esta transformación favorecerá la renovación y el surgimiento de nuevos ministerios, servicios y carismas para el anuncio del Evangelio y el servicio a la justicia y la paz en nuestra casa común.

Cardenal Baltazar PORRAS CARDOZO

ediciones
KHAF

> colección Expresar teológico

ISBN: 978-84-15995-36-4



9 788415 995364

CI 173076